

Acerca de la historia de las universidades

Benedicto Chuaqui J.¹

La palabra *universitas* fue creada probablemente por Cicerón, con el sentido de "totalidad"; deriva de *universum*, que significa "reunido en un todo". Referido a las universidades, aquel vocablo pasó a designar la institución que tenía carácter de totalidad en dos sentidos: originalmente fue la *universitas magistrorum et scholarium*, esto es, la comunidad de maestros y alumnos; después, la *universitas litterarum*, es decir, la institución en que se reunía en un todo el saber.

Las universidades nacieron como expresión del renacimiento intelectual iniciado en el siglo XI en torno a la filosofía y teología. Se formaron de las escuelas principalmente de las escuelas catedralicias llamadas a dar una enseñanza superior. El nombre oficial de la organización de esta enseñanza superior fue primero *studium generale*; *generale* no se refería a que se enseñaran todas las disciplinas, sino a que se admitieran estudiantes de todas partes. Los *studia generalia*, estos centros de educación superior, eran de hecho corporaciones de maestros y alumnos, y de ahí que pasaran a llamarse universidades. El nombre de *studium generale* compitió con el de *universitas* hasta fines de la Edad Media.

La universidad es una de las más grandes creaciones de la civilización occidental, única en su género: un instituto dedicado al mundo del intelecto. La universidad nació no de una idea preconcebida, sino de la paulatina convergencia de circunstancias históricas. En último término fueron dos corrientes: la de los que querían aprender y la de los que estaban dispuestos a enseñar.

Antes de que se constituyeran los estados europeos modernos, los estudiantes migraban por Europa en busca de la universidad de su interés. Allí empezaron a ser

acogidos en hospicios llamados *colegios*, creados para dar albergue a los estudiantes, de regla, faltos de medios de sustento. Estas comunidades estaban tuteladas por maestros.

La joven corporación universitaria luchó desde un comienzo por su autonomía frente a las autoridades locales, y en esta lucha encontró el apoyo de la Iglesia. La universidad se fundaba entonces por una bula pontificia. Entre los privilegios estaban, desde luego, el autogobierno, la potestad de conferir títulos, el *ius promovendi*, y en el siglo XIII se hizo un principio la gratuidad de los estudios.

En muchas universidades de entonces los profesores y la mayor parte de los alumnos eran clérigos. El idioma era en todas el latín. Una típica organización estudiantil de la universidad medieval surgió del carácter paneuropeo de ésta: las llamadas *naciones*, agrupaciones de estudiantes venidos de distintas regiones con diferentes idiomas vernáculos. Las *naciones* fueron desapareciendo a medida que se formaban los estados europeos modernos.

La génesis de las universidades no siguió la misma dirección en todas partes, y estas corporaciones tuvieron rasgos distintos marcados por diferencias regionales. Así, la Universidad de París era una institución eclesiástica, nacida principalmente de una escuela catedralicia; se formó por iniciativa de los que deseaban instruir; fue así una corporación principalmente de maestros. En éstos residía el derecho a votar para elegir rector. La Universidad de Bolonia, en cambio, era laica, se originó de escuelas comunales, surgió por iniciativa de los jóvenes ávidos de conocimientos, y fue una corporación básicamente de estudiantes. Éstos eran los que votaban para elegir rector.

1. Profesor Titular Pontificia Universidad Católica de Chile.

Las primeras universidades también difirieron en la orientación de los estudios. La de Bolonia era fuerte en Derecho; la de París, en Teología y Filosofía, la de Oxford, en Matemáticas, Física y Astronomía; la de Montpellier, en Medicina.

Las cuatro universidades que nacieron en el siglo XII, las primeras de todas, fueron la de Bolonia, la de París, la de Oxford y la de Montpellier. Las de Bolonia y París fueron los dos arquetipos. Todas las demás universidades medievales se formaron bajo su influencia o por maestros o estudiantes que se separaron de ellas. En el siglo XIII apareció una centena de universidades, hacia el final de la Edad Media había ochenta.

A comienzos del siglo XIII se establecieron las facultades; las primeras fueron las de Artes y la de tecnología; pronto nacieron la de Derecho, Filosofía y Medicina y luego, entre otras la de Matemáticas y Ciencias Naturales. En Alemania la facultad de Medicina pasó a constituir una categoría aparte de las demás, que representaban campos ligados a la Filosofía. Reflejo de estas dos categorías de facultades son los dos tipos de grados doctorales, que, siguiendo el modelo alemán, otorgan las universidades norteamericanas: el *Philosophical Doctor (PhD)*, con sus diversas menciones, y el *Medical Doctor (MD)*. Papel especial desempeñaba la Facultad de Artes. Esta última palabra, *artes*, no se refiere aquí a la creación artística, sino que designa el saber técnico encaminado a un fin práctico. De especial importancia en el desarrollo cultural de Occidente es la noción acuñada en la Grecia Clásica de las Artes Liberales. Éstas correspondían a la educación superior, reservada a jóvenes selectos y que llevaba a la ciencia suprema, la Filosofía, en la que debían formarse los futuros gobernantes. Las Artes Liberales consistían en estudios útiles destinados al hombre libre, libre de las ataduras de un oficio mundano. Ningún quehacer debía formar parte de este currículo si su único fin era preparar un hombre para una profesión como medio de sustento. Este currículo debía guardarse de la intromisión de todo lo que tuviera sólo valor pecuniario y tendiera así a estrechar la visión de la mente. Pertenecían a este programa, ante todo, el leer y escribir correctamente, la gimnasia, la música y el dibujo, la aritmética, geometría y astronomía. Después, paulatinamente, se fueron delimitando las siete Artes

Liberales: gramática, retórica y dialéctica, que constituyeron el *trivium*, y aritmética, geometría, astronomía y teoría musical, que formaron el *quadrivium*. Estos *studia liberalia* formaban el núcleo de lo que se enseñaba en la Facultad de Artes, por la que debía pasar el alumno antes de ingresar a otras facultades. En ese paso se obtenían dos grados académicos: primero, el de Bachiller, y después, el de Magister. Las demás facultades otorgaban el grado de Doctor. La Licenciatura, instituida ya en el *studium generale*, no era un grado académico, sino la licencia para enseñar.

Hasta aquí, el origen y los caracteres de la universidad en sus inicios, son su alma el deseo de aprender, la voluntad de enseñar, la libertad y el espíritu de universalidad en el cultivo del saber.

La síntesis cultural del Medioevo alcanzó su perfección en el siglo XIII, pero en las centurias siguientes la universidad mantuvo inamovible esa síntesis del saber y dejó de representar la cultura de las épocas por las que atravesaba; Así, permaneció al margen de la gestación del Renacimiento.

La universidad del Medioevo, en que algunos ven en primer plano un carácter profesional, fue ante todo, como la califica Ortega y Gasset, una universidad cultural: estaba dedicada principalmente a la transmisión de la cultura de su época, esto es, de un sistema completo e integrado de las ideas substantivas del saber de entonces. La crisis de la universidad medieval puede verse precisamente en que esa síntesis cultural fue perdiendo vigencia mientras la sociedad le pedía profesionales y científicos. La investigación, en muchos casos trascendental, era obra de personas aisladas y carecía de un cuerpo organizado para este fin.

El formar profesionales y el hacer ciencia iban a marcar dos nuevos tipos de universidad, que nacieron a comienzos del siglo XIX. Cada uno de estos modelos fue adoptado separadamente por distintos países de Europa, Norteamérica y América Latina.

La universidad profesionalizante se formó en la primera década del siglo XIX con Napoleón, que después de disolver las tradicionales creó la Universidad Imperial. Era ésta una corporación estatal y centralizada, con sedes en las provincias y que asumió la dirección de toda la enseñanza, universitaria y escolar, bajo el principio doctrinario de que la función de enseñar las nociones

que forman al ciudadano es un privilegio del Estado. Su misión fue formar intelectuales con un saber práctico útil a la sociedad. Nuestras universidades tradicionales siguieron este modelo hasta la reforma de los años 60 del siglo pasado; la ley de 1879 había declarado explícitamente el carácter profesionalizante de la Universidad de Chile. Ellas se distinguieron por la alta calidad de los profesionales que formaron, y así lo hicieron sin haber estado organizadas para hacer investigación. Fueron buenas universidades profesionales y, como todas las universidades buenas, eran exigentes. La enseñanza estuvo bien informada de los avances de la ciencia, pero el docente, salvo excepciones, no era él mismo investigador. Conocer la ciencia y hacer ciencia son cosas distintas y residen en vocaciones diferentes, que, naturalmente suelen no darse juntas en la misma persona. La docencia no se había profesionalizado. Bastaba confiar la enseñanza al que sabía bien su disciplina. En aquellas universidades hubo investigación, pero fue el fruto de contadas personas que desarrollaron su talento salvando muchas dificultades.

En aquella misma década en que se fundó la Universidad Imperial, nació en la cercana Prusia un nuevo género de universidad que tendría no menor influencia que la napoleónica: la Universidad Humboldtiana. La reforma también se extendió al liceo, así surgió el *gymnasium humanisticum*, hasta hoy el de más alta categoría en Alemania.

El enfoque para esta renovación fue radicalmente distinto del de la napoleónica: la Universidad Humboldtiana se edificó basándola en la investigación científica y en la incorporación de los nuevos resultados en la enseñanza. La reforma se propuso impulsar el desarrollo de todas las ciencias y en el campo médico, sobre todo las disciplinas básicas. El título de Doctor cobró el sentido en que lo entendemos hoy día: un grado que acredita la capacidad de investigador independiente.

El profesor había de ser él mismo un investigador y su labor docente debía consistir en comunicar los nuevos conocimientos y no limitarse a lo que ya estaba escrito en los libros. Se introdujo así otra innovación radical: para los maestros la universidad debía dejar de ser un lugar de paso, era menester que se dedicaran por entero a la labor académica.

Así, Alemania pasó a la cabeza en el campo científico hasta la II Guerra Mundial. Este modelo ha influido fuertemente en las universidades de los Estados Unidos, desde donde ha ejercido su influencia en nuestras instituciones.

En los años 50 del siglo XIX, en aquella próspera década de la Era Victoriana, John Henry Newman, que llegaría a ser Cardenal, fundó en Dublín la Universidad Liberal, un nuevo modelo. Su misión, esencialmente docente, era triple: primero, la enseñanza de un saber universal comandado por la tecnología, segundo, el desarrollo en el educando de una visión amplia, de una mente desapasionada, del hábito de reflexionar, de una inteligencia crítica, lo que conformaba el carácter liberal, el pensar por sí mismo, por último, desarrollar en el estudiante una moral recta, un gusto delicado, una sensibilidad social y un comportamiento noble ante la vida. Éste era el *gentleman* que pretendía formar. La Universidad Liberal duró media centuria, nació a destiempo, cuando en Gran Bretaña estaba en marcha el desarrollo industrial y la sociedad necesitaba científicos y profesionales; desapareció a comienzos del siglo XX.

Hace unos sesenta años Ortega y Gasset señaló que a las universidades de entonces les faltaba algo: transmitir la cultura, esto es, enseñar un sistema completo e integrado de las ideas substantivas del saber de la época; Ortega dice, de las *ideas vivas de la época* o de las *ideas de que vive la época*. Sin el conocimiento de esa síntesis, dice él, se es inculto. Para este fin, Ortega propuso la creación de una Facultad de Cultura, proyecto que no se ha concretado.

En nuestro país las universidades tradicionales dejaron de ser, en principio, profesionalizantes tras la reforma de los años 60 del siglo pasado: la investigación quedó incorporada, junto a la enseñanza, en la misión de la universidad y consecuentemente se creó una organización específica para tal fin. Nació entre nosotros una universidad mixta, con institutos de ciencias y escuelas profesionales, dotadas estas últimas también de centros de investigación. Adquirió, además, otros rasgos, a mi juicio, ajenos a su esencia. Los historiadores rusos consideran, no sin razón, que los 30 a 50 años que preceden a un determinado momento, no pertenecen aún a la Historia. Así, la universidad reformada, que merece un análisis en profundidad, cae fuera de este contexto.